

DISCURSO DEL SR. ALFONSO M. BORRERO.

SEÑORES:

Ha sonado ya la hora de partida; pero antes de dejar este apasible asilo donde tantas veces nos hemos congregado, ora para escuchar en las cátedras la autorizada voz de nuestros profesores, ora para, al calor de la lámpara del santuario, elevar nuestros corazones á *Aquel* que es el principio y la fuente de la sabiduría; antes de separarnos para ir á reposar de las fatigas escolares, justo es celebrar esta solemne fiesta en que las frentes de aquellos que han sabido luchar con denuedo en las gloriosas lides de la virtud y de la ciencia, van á ser coronadas cual corresponde á sus triunfos. Estos premios que tenemos á la vista son el emblema de la más espléndida victoria: ¡dichosos una y mil veces los que váis á ser decorados con ellos!

Encargado de dirigiros la palabra en ocasión tan placentera, voy á hablaros de la ley inexorable del trabajo, esculpida por el Hacedor Supremo en nuestras frentes, y de las funestas consecuencias que acarrea la transgresión de esta ley santa y divina.

El trabajo es, señores, ley de la humanidad, impuesta por Dios al hombre, sancionada por la religión y confirmada por la historia. Aunque desde luego se comprende que lo que es ley de la vida, no puede menos de serlo también de la educación, por medio de la cual se desarrollan las facultades del hombre, me parece indispensable haceros patente esta verdad.

¿Qué cosa más grande, señores, que la educación del hombre? ¿Qué cosa de más precio para el que la recibe, de más interés y trascendencia para el que la da? Formar un hombre, ó lo que es lo mismo, hacer apto para el ejercicio de sus funciones al rey de la creación, ¡que obra tan grande no es esta! Ahora bien, esta obra que se hace en beneficio de los jóvenes, necesita, para llevarse á cabo, la cooperación y un enérgico trabajo de parte de ellos. De poco sirve que un joven sienta dentro de sí esa llama divina de inspiración que caracteriza al genio, y que esté dotado de los más relevantes méritos; de poco sirve que Dios y la naturaleza se hayan complacido en hacer de él un dechado de perfección, y le hayan colmado de las más apetecibles cualidades, si éstas no se cultivan con esmero, porque el hombre se perfecciona ó educa, no de una manera espontánea, sino por medio del trabajo. En efecto, todo sér se desarrolla conforme á las leyes de la vida; y la educación no es otra cosa que el hombre mismo desarrollándose según las leyes que rigen á la naturaleza humana. Y si el trabajo es en la naturaleza una ley radical, suprema é indeclinable, forzosamente ha de resultar de aquí que la perfección ó educación del hombre no se realiza sino por medio del trabajo; es decir, que sin el trabajo, el hombre es imperfectible, y este es el carácter distintivo y eminentemente original, tan original como honroso, que distingue la formación del hombre de la de los demás seres creados: la cooperación libre y espontánea, el trabajo voluntario. Dése á una planta de terreno, el calor y la humedad necesarios para su crecimiento, y esta planta prosperará porque su desarrollo es espontáneo. Pero no sucede lo mismo con esa que llama de Maistre

la *planta humana*. El hombre es un ser libre, y su desarrollo tiene que ser libre; el hombre es un ser decaído, y su perfeccionamiento tiene que ser doloroso; sólo puede verificarse por medio del trabajo. Su naturaleza opone obstáculos á este desarrollo, y tiene que vencer estos obstáculos con energía y vigor, tiene que dejar impresa en un surco ensangrentado la huella de sus pasos al atravesar su destierro. Sin este trabajo personal, su educación, en vez de robustecerse, se debilita, y el joven en lugar de elevarse se rebaja en su inteligencia, en su corazón y en su voluntad; y la inercia, después de despojarle de su dignidad de rey de lo creado, consume en él la más completa decadencia. Este es un principio cuya evidencia se conoce á la simple enunciación. Pues bien, ¿qué es de la inteligencia, de la voluntad y del corazón sin el ejercicio constante de esas mismas facultades? ¿Qué vienen á ser sin él estos tres grandes elementos de la vida moral, por cuyo medio el hombre ha de llegar á cumplir su misión sobre la tierra? Contraigámonos al desarrollo del entendimiento, bajo el punto de vista de la instrucción, y preguntemos: ¿qué es de la inteligencia sin el trabajo del hombre? La inteligencia, ese rayo de la divinidad que resplandece en la frente del hombre; ese dón precioso que el joven ha recibido para mirar el firmamento de las ideas, como ha recibido la vista para contemplar el firmamento de las estrellas; la inteligencia que Dios le ha dado para subir más alto que los cielos, llegar más allá de los mundos y brillar más radiante que los soles, ¿qué es y qué viene á ser sin cultivo? Se hace, por la naturaleza de las cosas, mezquina, superficial é impotente; revolotea por las superficies, en vez de penetrar en las profundidades; tiene resplandores fugaces, pero no esas iluminaciones permanentes que permiten al alma ver la verdad como ven nuestros ojos el esplendor del día. Y no hay que maravillarse de esto. La ciencia es una victoria en que la conquistadora es la inteligencia, el campo de batalla el estudio y el arma vencedora el trabajo. Destruyase el arma y no puede haber ni combate ni victoria. Tal es la ley inevitable bajo la cual se desarrolla la inteligencia humana: la ley del trabajo. En efecto, señores, el hombre viene al mundo en un estado de completa ignorancia, sólo sabe lo que aprende, y sólo aprende á fuerza de fatigas. Y aquí se encuentra tal vez la etimología de la palabra *aprender*, dice un distinguido autor, del latín *aprehendere*, que significa tomar y tomar por fuerza. Una ciencia extensa, luminosa y profunda, sin un trabajo sostenido y constante, es un fenómeno que no se ha visto jamás. Sin un laborioso aprendizaje, el joven nunca será guiado en sus actos por la luminosa antorcha de la verdad, y al contrario, se hundirá en la profunda y tenebrosa sima de la ignorancia y el error.

Si después de considerar el trabajo con relación á la instrucción, le consideramos con relación á la educación, se verá que si en el primer caso es necesario para formar los sabios, en el segundo lo es para formar los hombres, esto es, hombres completos, con el conocimiento de sus necesidades presentes y el sentimiento de su porvenir, que son los que regulan su conducta y dirigen sus acciones. Porque, en efecto, se ve que la herida más profunda que causa á un joven la falta de trabajo, bajo el punto de vista del desarrollo de su espíritu, no es la ignorancia, sino la imprevisión, no es la impotencia de saber, sino la impotencia de preveer. Este es, en el joven, el signo infalible de decadencia moral, que

le asemeja al salvaje. ¿Qué hace éste en la soledad de las selvas del desierto? Pasar su vida á la sombra de un árbol que le liberta de los rayos solares, y le abriga, durante la noche, con sus abundantes ramas, las que, cubiertas de frutos, sirven para mitigar su hambre sin más trabajo que extender sus manos para cogerlos; y cuando empieza á sentir los primeros fríos del invierno, cortar el árbol para calentarse con su leña. Váyase en busca de este hombre enemigo del trabajo; dígasele que siembre la tierra para recoger más tarde; désele, si se quiere, para abrir el primer surco, el buey y el arado. ¿qué hace el salvaje? "Mata el buey, dice de Maistre, para comerse la carne, y para coserla, quema el arado;" es decir, que es eminentemente imprevisor. No hay más vida para él que el momento presente; ahí se está estacionario este prisionero del tiempo, reconcentrada su existencia entre el minuto que pasa y el que va á venir. De la misma manera que el salvaje, el joven perezoso, después de haberse hecho incapaz de saber, se ha hecho incapaz de preveer, de mirar por su porvenir, de ocuparse de su último fin, que es lo que constituye y caracteriza al hombre; y así como el salvaje, será inútil para sí mismo, para su familia y para la patria. La pereza condena, pues, al joven á la ignorancia y á una imprevisión semejante á la del salvaje; pero no son estos los únicos desastres que acarrea: ella da también por resultado la decadencia absoluta de la voluntad.

La voluntad, señores, es lo que constituye al hombre y le eleva sobre cuanto le rodea; ia voluntad es la gran potencia varonil, es el cetro del hombre, es el hombre mismo. Por esto, San Agustín, con la penetración de su genio sorprendente, al tratar de definir al hombre, concluye diciendo que el hombre es voluntad, como si toda su importancia se resumiera en su querer. Sin la voluntad enérgica é inquebrantable de un Colón, la América permanecería aún en las tinieblas de la barbarie, y el lábaro sacrosanto de la Cruz, emblema de verdadera civilización y progreso, no campeara como hoy en las cúpulas de nuestros templos. Sin la vigorosa voluntad y constancia de un Bolívar y de un Sucre, el pabellón de la libertad no hubiera ondeado victorioso en la nevada cima del Pichincha, y nuestra amada patria gemiría aún cautiva, arrastrando las pesadas cadenas de la esclavitud. Ahora bien, el gran problema práctico que hay que resolver en la educación, que tiene por objeto formar verdaderos hombres, es el de formar en el joven una voluntad inquebrantable, una voluntad completamente varonil. ¿Qué vendrá á ser, señores, de esa gran potencia humana, si el joven no concurre con su propio trabajo á la obra de su educación moral, que es la base de su completo perfeccionamiento? Forzosamente habrá de debilitarse, enervarse y aniquilarse día por día. Lo que de ello quede al joven no será una voluntad que sirve para dar movimiento é impulso á las acciones humanas, sino que más bien se deja arrastrar por ellas, como arrastra la serpiente sus trozos mutilados; una voluntad impotente que apenas tiene fuerza para concebir deseos. ¿Y qué deseos? Deseos vanos, estériles para todos, inútiles para el que los concibe, que á ninguno dan vida y causan la muerte del que se contenta con ellos. *Desideria vecidunt pigrum*; nada hay que esperar de un joven que ha caído en semejante degradación. Nada hay que esperar, porque nada hará; para hacer algo se necesita intrepidez, se necesita luchar contra los obstáculos y vencerlos; y los inertes

están siempre llenos de miedo y á nada se resuelven. Para hacer algo se necesita energía, y el perezoso carece de ella, porque la ociosidad infunde en sus miembros, con su vaporoso hálito, el entorpecimiento y el sueño. *Pigrero inmittit soporem*. Para hacer algo se necesita constancia, y el joven que no trabaja es esencialmente inconstante. Si se ha atrevido á emprender una cosa, no es capaz de concluiría. Por lo mismo, nunca su dignidad real aparecerá conformada por el mérito de sus obras. Pero, ¿qué digo? su dignidad real no existe ya, sino que cae y se desvanece á la par que su voluntad. Desde que viola la ley imperiosa del trabajo, echa por tierra su soberanía, rompe su cetro y abdica en manos de la pereza; lo que constituye la mayor honra del hombre y su mayor grandeza, que es imperar sobre sí mismo y vencer con voluntad inquebrantable los obstáculos que se oponen á su perfección y desarrollo. Tal es el segundo efecto del desprecio del trabajo, la decadencia é impotencia de la voluntad. Por el contrario, el hombre que trabaja, aumenta dentro de sí mismo un poder y una soberanía que se acrecientan sin cesar, porque va creándose una voluntad que se fortalece cada vez y que es el germen de su engrandecimiento. Y esto se explica naturalmente. La dificultad es esencial en el trabajo; luego siempre que trabaja el hombre vence una dificultad, y, por consiguiente, alcanza una victoria. Ahora bien: no hay cosa que dé más fuerza que la costumbre de vencer, y sobre todo, de vencerse á sí mismo. Por esto, el hombre amante del trabajo aumenta sus fuerzas á cada dificultad que vence; se eleva más y más y con cada obstáculo que domina; dice con una energía avasalladora ¡quiero! y la naturaleza, sumisa á su voz, le abre el camino por donde ha de seguir su marcha triunfal. Ha fortificado su voluntad con el trabajo; ha apagado su sed en las fuentes de la vida: por eso marchará de victoria en victoria, y su frente será coronada con los espléndidos laureles de la virtud.

Si hemos visto la influencia que el trabajo tiene en el desarrollo de la inteligencia y en el de la voluntad, réstanos ver la que tiene en la formación del corazón. El corazón, señores, es el centro de la vida; y en el hombre, como en todo sér capaz de desarrollarse y engrandecerse, la acción que produce el desarrollo parte siempre del centro. Por eso los que, ya como padres, ya como maestros, desempeñan la alta y sublime misión de educar á la juventud, deben tener en cuenta que toda educación que no toca al corazón, es radicalmente viciosa, y deben estar siempre en la vela junto al corazón del joven, como el sacerdote junto al tabernáculo. Y ahora con verdadera y solícita inquietud pregunto: el corazón, que es una cosa tan delicada, tan profunda y tan fuerte; esa fuente perenne de donde brotan los sublimes transportes de abnegación y heroísmo; el corazón, que en su primer desarrollo se abre como la más hermosa flor, acariciada por la brisa de una mañana primaveral, ¿en qué vendrá á parar cuando el deletéreo soplo de la pereza haya impreso en él su degradante huella? Lo que sucederá es que ese corazón se reconcentrará en el egoísmo, porque éste y la ociosidad han formado estrecha alianza. En efecto, el egoísmo consiste en el temor de verse afectado ó molestado de cualquier modo, y la pereza en el temor de vencerse y de dominar la inacción cuyo peso se siente. ¿Qué mucho que el que se abandona á tan degradante hábito sea egoísta? Pero no sólo es este el funesto resultado que se

origina de la falta de trabajo; son infinitos, pero me contentaré con reproducir las palabras de un eminente escritor: "El que no trabaja, dice, no vencerá sus pasiones." "Cómo había de vencer en esta lucha contra el más poderoso y temible de los enemigos, sin un milagro que no tiene motivo ni derecho alguno á esperar? Las pasiones constituyen la fuerza más poderosa dentro del sér humano. ¿Y qué medios tiene un joven perezoso para luchar contra este poder? Por ventura, una alma que no sabe preveer, una voluntad que no sabe querer y un corazón que no sabe guardarse, ¿son elementos con los cuales se puede asegurar la victoria? El que no ha sido capaz de un esfuerzo vulgar para vencer un obstáculo material en el exterior, no puede abrigar la loca vanidad de vencer en esas luchas interiores que han menester de esfuerzos heróicos. El que cuando solo se trataba de expresar el pensamiento con la palabra ó grabar con el buril en el mármol, ó fijar el pincel en el lienzo, ha retrocedido ante el imposible, no se hará la ilusión de que le es posible dominar el corazón fuertemente agitado y el alma conmovida ante un objeto que le fascina y arrastra en pos de sí."

He manifestado, aunque brevemente, lo que es la formación del hombre sin el trabajo de la juventud; no es formación, sino descomposición, ni es elevación sino decadencia. Ved ahí al hombre dominado por la inercia: ignorante, imprevisivo, cobarde, inconstante y egofsta.

Por el contrario, en el joven que ha trabajado en la aurora de la vida, la inteligencia, la voluntad y el corazón se han desarrollado de una manera armoniosa; sobre su frente se revela el candor de su conciencia, la fuerza de su voluntad y el poder de su inteligencia; y esta triple irradiación produce en él una belleza incomparable, belleza verdaderamente real y cuyo esplendor eclipsa el de toda otra belleza creada. Este joven es más hermoso que todos los demás seres de la naturaleza y que todas las maravillas que Dios, con mano pródiga, ha derramado sobre la tierra; y al ver desarrollarse su hermosura varonil, puede decir: "He trabajado con tesón para formarme, y me he hecho hombre." Así es la verdad. Este joven verdaderamente educado, formado por el trabajo, es *el hombre*, es decir, el brote magnífico de la fuerza, de la grandeza, de la omnipotencia divinas. Enriquecido con los dones del cielo y de la tierra, purificado por el sacrificio, fortalecido por sus esfuerzos y acrisolado por sus dolores, ese joven es *la obra maestra de Dios*. Esta obra maestra seréis vosotros, oh jóvenes, si sabéis unir á los dones que la Providencia os ha concedido, la cooperación enérgica de vuestro propio trabajo.
